

CONVERSACIONES CON ISABEL PIÑEIRO. SU VIDA Y LAS BIBLIOTECAS.

Por Elisabeth Roig

Supe de Isabel Piñeiro (Córdoba 1948, Mendoza 2019) en los años 90, a través de mi padre, Arturo Andrés Roig, quien había decidido donar una parte de su nutrida biblioteca a la Fundación Ecuménica de Cuyo. Se trataba de aproximadamente unos setecientos libros de escritores mendocinos, y varias publicaciones periódicas de la Universidad Nacional de Cuyo, entre otros, cuya entrega se realizó entre los años 1992 y 1995. Isabel era entonces la directora de la Biblioteca de la Fundación. No tuve oportunidad de conocerla en ese momento, pero sí en el año 2009, cuando se concretó una segunda donación de la biblioteca de mi padre, lo que él llamaba su “Biblioteca ecuatoriana”, esta vez a la Biblioteca Central de la UnCuyo. Eran cerca de mil títulos de pensamiento y literatura ecuatorianas, todas publicaciones que él había traído a Mendoza al regresar de su exilio en ese país. Sin exagerar, debe ser la única “Biblioteca ecuatoriana” en instituciones públicas del país. En ese entonces, la directora de la Biblioteca Central de la UNCuyo y coordinadora del SID -Sistema integrado de Documentación- era, nuevamente, Isabel Piñeiro. Con ella se organizó la donación, y le dio una envergadura internacional. Vinieron para su inauguración personalidades de la cultura ecuatoriana: la Cónsul del Ecuador en Mendoza, Bernardita Romero de Batistón, Enrique Ayala, entonces Rector de la Universidad Andina Simón Bolívar sede Quito, y Luis Mora, director de la Corporación Editora Nacional, perteneciente al Banco Central del Ecuador. Por su parte, por gestión de Carmen Bohórquez, Venezuela hizo un aporte significativo de la colección de la Biblioteca Ayacucho. La artífice del evento y maestra de ceremonias fue Isabel, y participaron Arturo Andrés Roig e invitados especiales. Fue una fiesta latinoamericana. Entonces nos conocimos personalmente.

Con posterioridad nos volvimos a encontrar con Isabel en el velatorio de mi padre, el 30 de abril de 2012. Desde entonces fue mi compañera inseparable en todo el proceso de la donación que mis hermanos y yo hicimos de la biblioteca y archivo de nuestro padre, y de cuya ejecución me encargué personalmente: su inigualable experiencia en bibliotecología, su conocimiento del funcionamiento institucional y su compromiso profundo fueron fundamentales para mí. Por su cuenta proyectó y logró concretar la nominación de la Biblioteca Central como “Arturo Andrés Roig” (diciembre 2012), lo que sin duda incidió a favor de que el Consejo Superior de la Universidad aprobara el pedido familiar de que la donación se mantuviera como un fondo independiente dentro de la Biblioteca Central. Por eso hoy existe la “Biblioteca Personal Arturo Andrés Roig”, dependiente del Sistema Integrado de Documentación (SID), dirigido por Horacio Degiorgi, y anexada al Centro de Documentación Histórica, dirigido por Pablo Agüero. La entrega de la donación fue concretada entre noviembre de 2013 y 2019.

Desde entonces han pasado varios años en donde he compartido la vida con esta amiga “de fierro”, que me acompañó en todas las andanzas librescas, de donaciones y también de escritura personal. Pocas veces en la vida me encontré con una persona tan generosa, solidaria y desinteresada. El amor por el país, por la cultura, el respeto y compromiso con los otros, la capacidad formadora, la inteligencia, el espíritu inquieto e innovador, la audacia y capacidad para concretar velozmente iniciativas, la honestidad intelectual, son todos rasgos muy Isabel Piñeiro. Solamente me queda decir, gracias, profundamente gracias por haberla conocido y haber formado parte de su panteón de amigos, que, fuera de sus dos amados hijos, nietos y demás familiares, fueron sus dioses.

Van aquí fragmentos de algunas charlas con Isabel, que mantuvimos en Chacras de Coria en el otoño de 2019, con olor a jarilla y a tierra húmeda, y algunos vinitos. He tratado de mantener la frescura de su apasionada expresividad.

ER: Cómo fue Isabel toda esa transformación que vos hiciste de la Biblioteca Central de la UNCuyo... me contabas que lideraron a nivel nacional el tema de la tecnificación

IP: Sí, de la incorporación de la tecnología... A mí me llamó el rector, cuando estaba de rector Paco Martín (José Francisco Martín), y lo hizo fundamentalmente para que le diera una mirada, porque yo he trabajado en bibliotecas desde los 18 años, y él sabía de toda mi experiencia en bibliotecas, sabía que yo había fundado la primera biblioteca abierta en Mendoza, que era la de la Fundación Ecuménica, o sea, que yo tenía un espíritu innovador en las bibliotecas. El me llamó y me hizo revisar lo que habían elaborado como proyecto para incorporar la tecnología en todas las bibliotecas de la UNCuyo, donde la Biblioteca Central era una biblioteca más, con un perfil bastante desdibujado. Nadie sabía si la Biblioteca Central era la que planteaba las pautas que se iban a seguir para todas las bibliotecas, estaba bastante abandonada. Esto fue en 1997.

Entonces me puse a estudiar todo lo que implicaba, cómo se movían en el mundo las bibliotecas a las cuales ya se les había incorporado tecnología. Y aprendí mucho. Leí muchos artículos en inglés, sobre todo de Estados Unidos, y así me fui empapando más de qué significaba esto de que cada biblioteca cargara, digitalizara su acervo. Que la fichita que antes se hacía en cartoncito, ahora se hiciera en la computadora, que en un lugar de guardarla en un “cajoncito de fichas”, integrara una base de datos.

Una gente que me asesoró y me conectó con personas capacitadas de otros países fue de Buenos Aires. Ellos fueron los primeros que tuvieron la idea de hacer una base de datos común, y de ahí yo creo que sacó Paco la idea. Eran de otras bibliotecas, no universitarias, como por ejemplo la del Ministerio de Economía, que dirigía Araceli García Acosta, quien me ayudó muchísimo. Eran varias bibliotecarias. Me dieron los nombres de quiénes podían ser los capacitadores a nivel nacional para cada temática que teníamos que abordar, eran unas capas, y yo tenía con ellas una relación muy especial desde cuando yo trabajaba en la Fundación, porque al ser una institución sin fines de lucro nos invitaban y nos incorporaban a todas sus actividades, congresos, reuniones. Y yo no me perdía nada, tenía una actitud

participativa, no era ir a escuchar sino ir a hacer preguntas, a preguntar cosas difíciles y a escribirles cuando tenía dudas de lo que fuera. Por eso ellas me tenían en muy alta estima.

Bueno, por supuesto, que conté con la colaboración de Horacio Degiorgi, que fue el primero que se ofreció para ayudarme en toda la parte de tecnología. Él trabajaba en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Y la directora de esa biblioteca, que era muy buena onda, me lo “prestó” y no había ningún papel firmado, ahí no había ningún cumplimiento de formalidades (risas). Yo estaba haciendo un trabajo para todas las bibliotecas, y ni siquiera trabajaba físicamente en la Biblioteca Central, sino desde una oficina.

ER: ¿Entonces hasta el año 1997 todas las bibliotecas de la UNCuyo tenían sólo fichas de papel? Hacía cuánto había cambiado esto en el mundo...

IP: Sí, y en el mundo, mínimo hacía 20 años... Fue un rector iluminado Paco Martín, que decidió invertir mucha plata, mucha, había que comprar computadoras para todas las bibliotecas, y para cada empleado de cada biblioteca, para que trabajaran en línea con la tecnología. Eso lo hicimos nosotros. Y se dio, creo que también influyó en su decisión de hacer ese proyecto el que se consiguió unos préstamos del Banco Mundial que se llamaban FOMECE -Fondo para el fomento de la calidad universitaria-, y ahí él incorporó el tema de las bibliotecas como un tema clave para modificar.

En el 97 Paco había pensado en que yo podía revisar los proyectos y ahí terminaba mi colaboración, y entonces la llamó a Araceli García Acosta, le solicitó un taller para dar como un inicio formal a la formación de esta red de bibliotecas de la UNCuyo, y le pidió que ella lo guiara en esta transformación. Entonces Araceli le dijo ¿para qué me llamas a a mí si tenés en Mendoza a Isabel Piñeiro? Tenés a la persona capacitada en Mendoza. Una actitud hermosa, como pocas..., como pocas.

Así fue que Paco me incorporó al proyecto ya directamente, para que yo lo ejecutara, y como la asesora de Daniel Prieto, que era el responsable como Secretario Académico del tema bibliotecas en la universidad. Él era mi jefe, el que me revisaba y firmaba las notas, pero me daba una libertad absoluta para que yo hiciera lo que creía que había que hacer, tenía muchísima confianza en mí. La relación con Daniel también fue excelente, y a Paco le tengo un agradecimiento infinito por la confianza que él puso en mí. ¿Ud. cree que yo voy a poder hacer todo esto?, decía yo. Y lo pude hacer.

Empecé revisando los proyectos para conseguir los fondos del FOMECE, que habían sido elaborados por las directoras de cada una de las bibliotecas, y noté que había un predominio de propuestas de que las directoras fueran a otros países a ver cómo funcionaba el sistema, con lo cual iban a volver una o dos por biblioteca sabiendo cómo funcionaba eso, pero lo real es que no sirve que dos sepan y todos los demás no sepan, aún en una misma biblioteca. Lo que yo le propuse entonces al rector fue que se cambiara la óptica, y que en vez de ir a capacitarse pocas personas, con las limitaciones que tiene ir a hacer una pasantía de 10 días, o un mes, vinieran los capacitadores. Mientras tanto, yo me fui relacionando vía cartas con directoras de bibliotecas. Vino así la directora de la Sección Bibliotecas de la Universidad Carlos III de España, que nos dio varios cursos que nos iluminaron muchísimo, a todos.

Por otro lado, yo había hecho un curso con la gente de CEPAL de Chile, en Córdoba, y ahí se me abrió la cuestión de la tecnología en las bibliotecas, y entonces me dije, Isabelita ¿te vas a cargar sobre las espaldas la responsabilidad de llevar este proyecto adelante sin nadie que te diga está bien lo que estás haciendo o está mal? Y ahí hablé con Daniel Prieto y le propuse que firmáramos un convenio con la CEPAL y que ellos monitorearan nuestros avances ... y lo hicimos así. De hecho ellos me ayudaron a formular propuestas de capacitación, por ejemplo este tema habría que abordarlo de esta manera, habría que hacer un curso, un taller, tres, diez talleres para que las bibliotecarias aprendieran a hacer un proyecto de digitalización de sus bibliotecas. Y cuando ellos venían a Mendoza, cada tres meses más o menos, yo los llevaba a todas las bibliotecas y cada una les explicaba en qué habían avanzado y en qué no, ¡y ellos les preguntaban muchas cosas!

ER: O sea que el proyecto fue de reestructuración de todas las bibliotecas de la Universidad

IP: Sí, y extensivo. Eso era para la UNCuyo, pero en realidad estaba planteado para que el FOMEC financiara la tecnologización de todas las bibliotecas de todas las universidades nacionales ¡que no podían seguir con las tarjetitas! Yo tuve la suerte del apoyo de la CEPAL, que fue fundamental. Muy comprometido el trabajo de ellos. Ahí estaba Julio Cubillas, que era el director, con dos o tres personas más que venían a ayudar.

ER: Pero esa fue tu visión de un trabajo compartido. Ahí hay una cuestión tuya muy interesante que se pone en juego de cómo trabajar con otros, y valorar la experiencia de otros. También de humildad para aprender...

IP: Sí, yo decía ¡yo no me quiero lucir acá! ¡Acá nos lucimos todos o quedamos todos patas p´arriba! Porque esto es un trabajo común. Porque no había nadie que pudiera decir la tenemos clarita, íbamos aprendiendo a medida que íbamos haciendo.

ER: Qué honestidad intelectual.

IP: Pero es la verdad... Me resulta muy difícil pensar otra forma de trabajar que no sea ésa. Después ya empezamos a armar talleres para que la gente de las bibliotecas aprendiera a hacer proyectos para cada una de sus bibliotecas. Y la gente de la CEPAL propuso venir tres veces, ver con cada biblioteca el proyecto presentado, para que lo fundamentaran, y después hacer un seminario general de todas las bibliotecas de la Universidad. Ése trabajo se tomaron, se llevaron los proyectos, los corrigieron.... Éramos los únicos en América Latina que estábamos llevando adelante un proyecto de estas características. Así empecé yo a meterme en ese mundo.

Y a eso lo llamábamos SIBI, que era el Sistema Integrado de Bibliotecas Informatizadas, ese nombre lo puso Daniel Prieto. Lo empezamos a presentar así en congresitos... Este SIBI fue el que armó la primera base de datos integrada de la UNCuyo. Pero yo no lo iba haciendo sola. Formamos, eso fue una idea de Daniel Prieto también, un Equipo Gerente, integrado por todas las directoras de las bibliotecas, entonces

con ellas íbamos llevando el proceso de avance en cada biblioteca. Una vez al mes nos reuníamos todas y hacíamos como una puesta en común de los avances de cada una, de las dificultades, y lo que más surgía eran las necesidades de capacitación, entonces ahí traíamos de vuelta a los chilenos.

Cuestión que andando y andando llegamos al año 2002. Mientras tanto Patricia Testa terminaba de capacitarse en Marc 21, que es convención internacional que define cómo generar “registros” en una base de datos bibliográfica, para que todos en el mundo carguemos los datos del mismo modo. Ya no se habló más de “ficha catalográfica” sino de “registros”, lo que permitió además incorporar otros datos que ya no cabían en las fichas impresas, y aumentar la calidad de la información que le llegaba al usuario.

Empezamos a hacer los cursos a nivel nacional. También elaboramos un curso a distancia, fuimos pioneros en dar cursos a distancia de Marc 21 para bibliotecarios, con la colaboración, la guía y el asesoramiento de Edith Litwin de la UBA. Los cursos los monitoreaban Patricia Testa y Paula Ceriotto, ellas eran las tutoras, e imprimimos un librito. Todo esto, lo que era nacional, lo hicimos desde el SIU, el Sistema de Información Universitaria, que ahora en mayo voy a cumplir 21 años que trabajo ahí. Depende del CIN - Consejo Interuniversitario Nacional-, que reúne a todos los rectores, de todas las universidades, y ahora hay una red de bibliotecas. Antes en realidad íbamos avanzando cada universidad por su cuenta. Nosotros desde el SIU, con los cursos que hicimos, fuimos guiando el camino de transformación de todas las bibliotecas.

ER: O sea que Mendoza lideró con vos eso...

IP: La gestión directiva fue de Mendoza, con las chicas, con Horacio, conmigo, pero la idea de que las bibliotecas tenían que cambiar, la transformación de las bibliotecas fue de Paco.

ER: Una vez me comentaste que no conocías lo que Arturo Andrés Roig había escrito sobre las bibliotecas, y que un día lo leíste y encontraste mucha afinidad, me podés contar sobre eso...

IP: Muchísima afinidad con Arturo, encontré un escrito de él cuando estuvo en la conducción de la Universidad, con el Ing. Carretero (1973), y ahí elaboró una propuesta de cómo se tenían que organizar las bibliotecas de la universidad. Ahí él proponía acordar formas de trabajo entre todas las bibliotecas, porque antes cada una era tierra de nadie, cada uno hacía lo que quería con sus bibliotecas. Era como vamos trabajar todos juntos, y vamos a hacer una sola cosa para facilitar a los usuarios.

Porque nosotros trabajamos para los usuarios, no trabajamos para los bibliotecarios, no se trata de quién tiene la base de datos más bonita o más florida, lo importante es encontrar la propuesta más clara, cuál es el formato para que el usuario encuentre fácil lo que busca, ¡y que lo encuentre! Es un servicio. Si no tenés vocación de servicio ¡no podés ser bibliotecaria o bibliotecario! Hay que tener al usuario ahí, como punto nerurálgico, destinatario de cada cosa que vos hagas, pienses y estudies.

ER: Contame de tu primera experiencia como bibliotecaria, de tus inicios

IP: Yo tenía 18 años, y estudiaba Ciencias Económicas. Y yo necesitaba trabajar sí o sí, era la condición *sine qua non* que mi mamá me había puesto para dejarme estudiar. Yo empecé a hablar con un profesor que fue el que me entusiasmó para que yo estudiara Ciencias Económicas, cuando estaba en la Escuela Secundaria, en la Belgrano. Él estaba terminando su carrera de contador y era profesor nuestro de taquigrafía. Se llama Mario Luis Rizzo, yo fui a hablar con él, y le dije yo acá tengo una disyuntiva, si no consigo un trabajo no puedo seguir estudiando. Yo había trabajado en contabilidad desde los 14 años con mi papá, íbamos los sábados a la tarde a un lugar donde él era contador, entonces me llevaba a mí para que le ordenara los comprobantes, de a poquito me fue llevando por ese caminito para que aprendiera cómo se hacía ese trabajo. Y este señor Rizzo, que era una autoridad dentro de la Facultad, me consiguió un cargo de ayudante de cátedra, para trabajar en la biblioteca.

ER: Y ahí fue que lo conociste a Mauricio López, uno de tus referentes...

IP: ¡Claaaaro! Fui alumna de Mauricio López en tercer año de la Facultad, que él llegó de Francia, a darnos clases a nosotros y a transmitirnos toda su experiencia. Todas las materias que yo había rendido hasta llegar a tercer año eran duras, teníamos todos los derechos que se te ocurran, desde constitucional, todos los derechos comerciales por supuesto, pero teníamos más derechos que materias de contabilidad. Y además las materias de administración de empresas son áridas. Y cuando llegó Mauricio cursé con él Filosofía. Era la única filosofía que teníamos en toda la carrera. Fue por 1969 o 1970. Mauricio entró a darnos vuelta la cabeza, a los que queríamos que nos diera vuelta la cabeza, pero era atractivo para todos, porque lo que nos contaba él lo asociaba con lo teórico de la filosofía, y nos transmitía también sobre la experiencia de Francia del 68. Él estuvo en Francia en ese momento, venía con todas esas vivencias, y nos transmitía un entusiasmo (emocionada)... era más un sentimiento que una ponencia o una fundamentación teórica lo que a mí me llegaba...

ER: Una convicción...

IP: Era una convicción que nos transmitía. Y después nos enseñaba la historia de la filosofía con el programa que había que aprobar en la Facultad. Nosotros los alumnos, por lo menos quince, terminábamos la clase con él a las doce de la noche, era en la calle Lavalle 373, esa casa que tiene los peldaños, que después fue la Escuela de música, que era preciosísima. Era la última hora de clase del turno tarde, a donde íbamos los estudiantes que trabajábamos. Y él, cuando terminaba de dar la clase pasaba por Secretaría, con su portafolito así... (sugiere pequeño), a firmar que se retiraba. Nosotros mientras seguíamos charlando, discutiendo las cosas que nos había dicho Mauricio, y lo esperábamos... Y cuando él empezaba a bajar los escaloncitos, bajábamos con él y nos íbamos todos a su alrededor, lo seguíamos todas las cuadras que él caminaba por la calle Lavalle, preguntándole cosas, diciéndole cosas, ¡no lo dejábamos irse! Para poder nutrirnos de todo lo que él nos contaba. Yo llegaba hasta la calle 9 de julio y Lavalle, donde tomaba mi micro y me iba... En esa Facultad eran todos liberales, así que la única voz distinta que escuchamos en toda la carrera fue la de Mauricio. Y él estuvo muy poquitos años en la

Facultad, porque después lo nombraron rector de la Universidad de San Luis, en 1973. Yo estuve en esa inauguración, yo fui con Alieda Verhoeven, holandesa, su amiga del alma.

ER: Y dónde vivías en esa época...

IP: Yo vivía en la 4ta sección, en el pasaje Gorostiaga, que está entre la calle Santa Fe y Tucumán, al llegar al Ramírez, una cuadrita chiquitita... ¡Yo soy de la 4ta de fierro!... Y a la vuelta de la casa mía vivía el Flaco Suárez, amigos desde entonces.

ER: A los 18 entrás en la Biblioteca de Ciencias Económicas, y después por qué te vas, y cuándo entrás a la Fundación Ecuménica...

IP: Me fui de Ciencias Económicas en la dictadura. Y mientras estaba ahí tuve a mis dos hijos. Y cuando el más chico tenía cuatro añitos no quería ir más a la guardería, y es que había una maestra que les gritaba a los chicos, los trataba mal. Había ido yo y había hablado con la directora del jardín, tipo Isabel Piñeiro, si no tienen respeto por los niños, ¡cómo van a aprender ellos a tener respeto por los mayores! Y en ese momento mi marido había conseguido ya afirmarse en el laboratorio donde estaba trabajando. Entonces le dije yo creo que lo más acertado sería que yo dejara de trabajar, y me quedara en la casa con los chicos. Y ahí renuncié a la Universidad, era 1979, estábamos en dictadura, y yo estaba además muy harta de los milicos... Yo lo llevaba a Pablo a la guardería, porque ya Mauricio iba a la escolita, y llevaba el bolso de Pablo, con la mamadera, la leche, los pañales, toda la muda diaria. Por empezar, los milicos te paraban en la entrada de la Universidad y te hacían bajar todo, te hacían mostrar un carnet de personal de la Universidad, y después te hacían seguir caminando, o sea yo tenía que ir con el niño a upa, llevando la bolsa esa llena de cosas ... Me acuerdo en pleno invierno, porque a las 7 de la mañana en invierno es de noche, y un frío..., y teníamos que llevar a los niños hasta la guardería, que quedaba en la Facultad de Ciencias Médicas, en esas condiciones, con el niño a cuestas, y sobre todo con la tensión que te causaban los milicos apuntándote con los Fal así... Y lo siguieron haciendo el 80, y más....

Cuando me fui me puse a preparar niños para el ingreso a colegios secundarios, que los atendía en la casa, mientras estaba con los chicos míos. Pero un día me encontré con la Coca Jury, que era abogada, y me sugirió ir a la Fundación Ecuménica de Cuyo. Allí estaban los ex curas, Concatti, Bracelis. Y me tocó hablar con Bracelis. Mientras tanto, yo me había pasado ya siete años en la Universidad, ya había hecho cursos de bibliotecología y había trabajado como bibliotecaria. Me hicieron presentar un plan de trabajo, de cómo iba a encarar yo el tema del ordenamiento de los libros de la Fundación. Lo revisaron y después consultaron a Raúl López, el hermano de Mauricio, que era el director de la Biblioteca de Ciencias Agrarias, y que había sido profesor mío en un curso de la UNESCO sobre bibliotecología en la Universidad, o sea que me conocía. Él revisó el proyecto y les dijo que estaba perfecto. Y ahí me contrataron, eso fue en el año 1980.

O sea que empecé a ordenar los libros, a separarlos por temática, a cargar libros, y habían comprado la primera computadora que había entrado en Mendoza. Costaba diecisiete mil dólares, y ahí me mandaron

a hacer un curso de programación, o sea una cosa muy avanzada. Y fueron los primeros también en hacer instalar el Microsis, y yo encantada.

ER: siempre innovadora...

IP: Y me tuve que poner a definir los valores, de qué campos se iba a llenar el registro de Microsis, el campo de autor, la fecha de edición, etc, cosas para mí muy sencillas. Cuestión es que empezó a marchar, y marchó. Así que también fuimos los primeros en instalar el Microsis en las bibliotecas.

Y ahí empieza ya a funcionar la biblioteca como tal. Había poco lugar y muchos libros, ¡habían dejado los libros los exiliados! La biblioteca ocupaba distintas salas, donde estaba señalado lo que encontrabas en ese lugar, y todo por orden alfabético de autor, entonces era una biblioteca abierta, donde el usuario entraba y se atendía solo, y buscaba y revolvió todo lo que se le daba la gana. ¡Y había como veinticinco mil libros! Y además yo había logrado formar una hemeroteca, con seiscientas cincuenta y ocho colecciones de revistas que yo pedía, y siendo quiénes éramos y qué función cumplíamos en Mendoza, nos las enviaban. Yo me iba a la Universidad, a ver qué revistas tenían en Ciencias Políticas y Sociales, que era la temática de nuestra biblioteca, y sacaba los nombres de las revistas interesantes que sería importante tener, y entonces les escribía. Y me mandaban las revistas, y lo que no dejaba de hacer nunca era agradecer cada una que recibía, porque eso es lo que me permitía mantener la continuidad.

ER: La donación de AAR, de escritores mendocinos está ahí...

IP: Esos están, y están separados, pero además había unas estanterías que tenían vidrios, y les puse candaditos a los vidrios, cosa de que los libros de esa biblioteca si había que pedirselos al bibliotecario, era la biblioteca de autores mendocinos. Esa idea de la donación fue una propuesta de él.

ER: Y como lo conociste a Arturo

IP: Él había ido a algunas charlas políticas que se habían dado en la Fundación, y yo lo conocía de ahí, de sus intervenciones. Él era muy abierto, muy tabla rasa con todo el mundo, no hacía distinción de me voy a juntar con el director a conversar y nada más... él era acá somos todos amigos, y chau... Después cuando fui directora de la Biblioteca Central, siempre venía a visitarme, y se subía todas las escaleritas. Yo le decía que me avisara para bajar yo, pero no. Y él escuchaba las preguntas que yo le hacía con tanta atención, hablábamos de igual a igual, cuando él era Roig. A mí me conmovían esas cosas de él, porque hablaban de su humildad.

Ese día, el almuerzo detuvo la charla, y un buen vino cerró nuestra conversación sobre las bibliotecas.

Febrero 2020